

LUIS LOPEZ ANGLADA

IMPACIENCIAS



NA. ALONSO CORTES

ollero

43



PR

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>289076</u>
N.º Copia <u>485294</u>

LUIS LÓPEZ ANGLADA

IMPACIENCIAS

(VERSOS.)

Prólogo de Narciso Alonso Cortés

TIP. "DIARIO"
BUENOS AIRES 36
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Prólogo

Mal se puede llamar prólogo a lo que no ha de ser otra cosa que una manifestación de cariño y congratulación. He visto surgir a la poesía al autor de este libro, he escuchado sus primeros balbuceos en el divino lenguaje, he estimulado ahincadamente su vocación, por advertir desde el primer momento que fluía con inusitados ecos, y ya se comprenderá la alegría que experimento al ver que las esperanzas se han trocado en realidad. Al publicar ahora López Anglada su primer libro de versos, he de limitarme, pues a exteriorizar esa satisfacción, y a decir al lector: "Aquí tienes a un gran poeta".

Un gran poeta es, sí, López Anglada, y nadie pensaría que figura entre los más jóvenes de España. Examine el lector las composiciones del presente libro, y seguramente le parecerán obra de un poeta formado y perfecto. No ya me refiero a la parte puramente externa, que esa

al cabo es accidental y secundaria, sino a la manera de sentir y de expresar los sentimientos. Si la virtud del poeta estriba, cosa indudable, en grabar su espíritu en el verso, y en sugerir a quiénes le lean las mismas emociones que a él le agitan, el autor de IMPACIENCIAS es poeta en el más alto grado. Leyendo a algunos poetas, aunque reconozcamos su talento y sus dotes elocutivas, nos quedamos absolutamente fríos: leyendo a otros, nos sentimos invadidos por indefinibles oleadas de calor y de pasión. López Anglada es de éstos últimos.

Ha sabido tamizar Anglada, los elementos de la poesía moderna, y hasta ha utilizado sus principales recursos, a través de su propio temperamento artístico. No ha necesitado imitar; pero se ha saturado del ambiente contemporáneo y al hacerlo así, ha sabido huir--perdón por las palabras--del snobismo y del camelismo. —

No creo, en consecuencias, que nadie me tache de apasionado si afirmo que López Anglada pasa por derecho propio a ocupar un lugar preferente entre la juventud española de poetas. ¿Porqué? Por esa multitud de imponderables, que, como tales, se resisten a un análisis, pero que son los que dan vida y anima a las creaciones. Las dos supremas aspiraciones del poeta--captar la poesía y encerrarla en áureas mallas--,

se dan en López Anglada prodigiosamente. Aquella captación--privilegio a tan pocos hombres reservado--, es en él actuación sutilísima, que sorprende las esencias puras. Y en cuanto al aprisionamiento de esa poesía en misteriosos receptáculos, muy por encima está de la sujeción material que revela los grillos y las cadenas. El verso no es en este poeta algo adherente y externo; es, por el contrario, algo que hasta tal punto se funde con la intimidad de la idea, que ambos vienen a formar un todo indivisible. Son cuerpo y alma; pero el cuerpo ofrece contornos que parecen esfumarse y desvanecerse en el ideal. Cuando adopta para sus versos las formas clásicas, López Anglada las inviste de un colorido nuevo y trascendente.

Este es--con honda satisfacción lo digo--aquél muchachito a quien no hace mucho tiempo animé y elogué en sus primeros tímidos ensayos. Pase el lector a gustar las poesías de López Anglada, y comprenderá lo legítimo de esa satisfacción.

NARCISO ALONSO CORTES

Iniciación

En el cauce del tiempo prisionera
tengo apresada el alma como un río
que sueña un mar de luz en su ribera.

Voy buscando lagunas de vacío
que llenar de silencios para luego
romperlos con la voz del canto mío

Tengo en mis pulsos un torrente ciego
que busca corazones en la tierra
helados casi para darles fuego.

El alma tengo con el tiempo en guerra..

Impaciencias

Sueño en la guardia

A N. Sanz y Ruiz de la Peña.

Lucero nuevo aún soy en seis caminos,
Alferez de la aurora en centinela
guardián de nubes y pastor de pinos,

que sueña, general de noche en vela,
seguido por ejércitos de viento
saltar bastiones con tambor que vuela.

¡Abre ronco de cóleras tu aliento,
buen hermano cañón! y tu mensaje
—cuervo de hierro—escupe en movimiento

que ángeles artilleros su viaje
medirán en las nubes traspasadas
con un compás de sol. La sierra ataje

guiado por sirenas encantadas
desertoras del mar, y por los cielos
alas de viento y luz motorizadas

zumben, enjambre de hélices, sus vuelos.

Yo, general de lunas y de río,
ordenaré el despliegue de los hielos
maduros ya de cisnes y de frío.

Y a mi voz vendrá el hambre del desierto
y en orden de combate sed de estío.

Y sobre el pecho ya a la noche abierto
lanzaré el gas del miedo y el zumbido
del huracán de luz que suena a muerto.

Y se abrirá la carne del herido
junto al cadáver del lagarto verde
y la oruga del tanque. Y encendido

romperé la alambrada que se pierde
en espino de hierro y luz desnuda,
mientras la culebrilla que remuerde

—femenina de hierro y tartamuda—
las espigas ya secas del sembrado.
con flecos de aire mi asaltar escuda.

Yo, estrategia de sol, tendré bordado
un fagín con estrellas y con oro,
y las musas del aire habrán labrado

con luz del alba y en cantar de coro,
bastón de mando de marfil y espuma
templado en fuego y al chocar sonoro.

Yo, caudillo del vuelo y de la pluma,
pasaré por los mares, almirante
de sirena y delfín, y haré la suma

de mis islas en la ola navegante
que tuerce el lomo acariciando playas.
De auroras y cascadas gobernante

con mares y cristal haré murallas.
Rayos de luna de mi casco al frío
coronarán mi frente en las batallas.

Pájaros cubrirán el cielo mío
en maniobra de guerra volanderos.
Desfilará frente a mi vista el río

¡y pasará revista a los luceros!

Glosa

“Este continuo esperar,
este continuo morir,
este continuo soñar,
decidme si no es vivir”.

— I —

El tiempo corre y cansado
ciervo de tanta carrera
en la quietud de mi espera
siento que se me ha parado.

Pues si por verlo posado
quiero hacerle despertar
y al gozo del nuevo andar
vivo lo que ha de venir
decidme si no es vivir
“este continuo esperar”.

— II —

Así viviendo primero
el tiempo que aún no ha llegado
en este vivir soñado
me voy muriendo ligero.

Pero ¡es tan firme el sendero!
y entra tan honda al surgir
la vida que ha de venir
que olvidando la perdida
decidme si no da vida
“este continuo morir”.

— III —

Estos sueños que soñamos
y que sin vida vivimos
pues al llegar los perdimos
al esperar los gozamos.

Las nieblas en que pasamos
aire se hacen al llegar.

Pues si son en su esperar
vida que llega a morir
decidme si no es vivir
“este continuo soñar”.

— IV —

Mañana, cuando cansado
el ciervo de su carrera
se pare, ya sin espera,
viviendo de lo pasado,
el sueño que se ha soñado
no volverá a resurgir.

La vida será el morir.

Pues si el morir es llegar
soñar, morir y esperar
“decidme si no es vivir”.

Amanecer de nieve

Afila su filo el viento
a golpes sobre las piedras.

Lava la nieve en el alba
lo blanco de su piel fresca.

Envuelto de nieve y viento,
señor del aire y la niebla
cabalga en corcel de frío
el rayo del alba nueva.

Mis labios buscan la nieve
que sobre tus manos queda.

Mis ojos buscan el frío
blanco que tu piel apresa.

Alas de nube con aire
en rumbo a los vientos vuelan.

Besos de nieve en la cara
picos de pájaros dejan.

Mis pies incrustan caminos
en vírgenes transparencias
y Tú le rompes al alba
su silencio de hora nueva
con un cantar que en el aire
ramos de hielo deshiela.

Desesperación del mar

A Manuel Alonso Alcalde

¡No quiero que este mar llegue a mi boca!
¡No quiero hacerme carne de alga y frío!
Este dolor amargo de la roca
yo no lo quiero mar. Toma el navío,
toma el cantil donde tu espuma choca,
toma el silencio azul de tu vacío,
pero este corazón a que te atreves
¡no me lo lleves, mar, no me lo lleves!

Yo soy de tierra blanda y de caliza
Destrozarás mi corazón si llega
a envolverme ese frío que se riza
sobre la espuma blanca que te ciega.

No quiero el beso azul que pulveriza
la dura roca que a tu voz es entrega.
¡Déjame aquí, con tu dolor no puedo!
¡Te tengo miedo, mar, te tengo miedo!

Y luego, ahogado, rodaría mi llanto
por entre tus delgadas desnudeces
y verían mis ojos con espanto
destrozarse mi cuerpo entre los peces.

Y este mi corazón, helado en tanto
silencio de agua verde que otras veces

bebió en la curva plácida del río,
allá en el fondo temblaría de frío...

No, no te quiero mar ¡te odio sin pena!
Prefiero la palmera femenina
cuando a la luna por la noche llena
alarga el talle y le sonríe fina.

Ya he dejado mis huellas en la arena.
¡Sacia en ellas la sed que te domina!
¡Yo quiero sol y un llano donde amigo
pueda dormirme acariciando el trigo!

Y además mar ¡si somos casi hermanos!
A los dos nos besó la misma Luna.
A tí y a mí, para llorar cercanos,
nos dieron llanto sin piedad ninguna.

¡Si tu fueses mi amigo...! Con mis manos
yo contara tus olas una a una
y mojara en tu lomo mis cabellos
para que tu pusieses sal en ellos.

Pero estás ciego y sordo y tu gemido
es en tu carne negra grito y furia.
¡No tienes corazón o está dormido
en el verde amargor de tu lujuria!

¡Véte lejos de mí! ¡Calla ese aullido
que retuerce tu cuerpo y que me injuria!

Ni amor te doy ni tu dolor aprecio.
¡Yo te desprecio, mar, yo te desprecio!

Me envuelve el mar. Se hiela el pecho mío
y me lleva a su fondo descarnado.

¡Me envuelve el mar! Macizo en su vacío
quiere mi corazón desesperado.

¡Venid a mí! ¡Me envuelve el mar!... El frío
clava en mi pecho su cuchillo helado.

Hiere mi carne el agua... Al fondo corro.

¡Me envuelve el mar! ¡Me envuelve el mar!...

¡¡Socorro!!

Madrigal

Desde esta mañana, amor,
la rosa será más rosa
y más vivo el rruiseñor.

¡Y tú sin saberlo, amor!

La fuente mucho más clara
mojándome de alegría
con agua fresca mi cara.

Y el cielo desde hoy azul
y dentro del cielo Dios...

¡Y tú sin saberlo, amor!

De Medina a Fontiveros

Tierras y tierras... ¡Camino
de Medina a Fontiveros!

La luz que no se me vaya.
¡Dejadme! Mis ojos llevo
cargados de muchas nubes,
cansado de muchos cerros.

Tierras llanas y a galope
en mi caballo. Ligero
aquí me salto un arroyo
y allí una espiga me llevo.

¡Deprisa

que en Rubí tocan a misa
los ángeles campaneros!

Tierras y tierras... Los pinos
bañan de verde el sol nuevo.
¡Castilla toda en un puño
para mis ojos sedientos!

Madrigal asoma al aire
sus ruinas secas de espectro
con miedo de verse vieja
para el amor de los vientos.

Se me va volviendo el alma
aire azul en los senderos,
vuelo en el ave que vuela,
sueño en la ruta que sueño.

¡Acaso

me van conociendo al paso
las piedras que ayer me vieron!

Cansado de tanta curva
el Zapardiel va diciendo
el mismo cantar “Recuerde
el alma dormida...” y luego
se va a la mar a morirse
sin saber que está durmiendo...

Aprisa voy. ¡Mas aprisa!
que ya maduro de fuego
el sol se me ha puesto encima
y estoy mirando a lo lejos
mi corazón que me espera
florecido de sus sueños.

Pinar ancho, aquí te cojo
una rama verde y luego
entro a galope en mi vida...
¡Mi vida que estaba lejos
sin inmensidad de nubes
ni cataratas de viento!

No sigo

que aquí se quedan conmigo
corazón, tierras y sueños...

¿Acaso no estaba en ellas
perdid, mi pensamiento
por estos largos caminos
de Medina a Fontiveros...?

Hacia tí en el amanecer

Piloto por lo verde, en trigo nuevo
de mas alto cantar, segando pinos
con hoz de prisa, para verte llevo

—capitán de los vientos y caminos—
impaciencia de beso aún no maduro
y alba aún no abierta en concertar de trinos.

¡Adivina mi voz en el futuro
cénit del Sol! ¡Conjura mi llegada
al chopo, esfinge del camino duro!

¡Y me apareceré en la encrucijada
desnudo de mi carne, para hallarte
con túnica vestido de alborada!

¡Mas alto trigo, para así segarte
con el filo de alturas de mi verso!
¡Mas infinita tierra, para ararte

con la cuadriga de mi sueño inmerso
en el azul redondo de la altura!

¡Allánate colina, para el terso

desperezar al sol de la llanura!

¡Tréboles para el pico! ¡Todo es oro!

¡Amanece la flauta de blancura!

Derrota al sol junto a la orilla el toro
cornadas de aire que la luz torea.
afina el río su cantar sonoro

con juncos verdes que al pasar tornea.
¡Voy hacia tí!... Si fácil para el viento
agudo pico de ave balancea

todo lo azul, con pluma en movimiento
de ala suave, mas fácil a la rama
vuelve para la luz en nacimiento.

¡Voy hacia tí!... ¡Se inclinen en su escama
las sirenas del trigo en ola verde!
¡Voy hacia tí!... ¡Ya todo es una llama

de un sol en surcos blancos, que me muerde
el corazón maduro de cantares!
¡Conjúrame al camino que se pierde

cansado en tanto surco! ¡A los pinares!
¡A todo el oro que por verte llevo!

¡Y me apaareceré segando mares,
piloto por lo verde en trigo nuevo!

Intermezzo

He lanzado al galope por el llano
mi corazón ;Recógelo que lleva
frendosidad de viento, beso y rama!

El agua femenina del arroyo
le dice adios con prisa de su espuma.

;Recógelo mi amiga de los tiempos
y en curva de tu carne
como flor, ya de purpura y luz, préndelo!

Pero si no lo quieres
yo que desde el camino lo ha dejado
marchar, sin manantiales
de sangre, seco, volveré al lucero
que se deja la Luna como huella
y le diré "Volando está en el viento,
;cógelo tu que no me lo has perdido!
y en mar de sal y nube
—pues ella no lo quiere—
;échalo para pasto de sirenas!

Tu llegada

Vendrás a mí. Vendrás. Será un momento
corazón en que todo lo sonoro
la luz, el vuelo, la impaciencia, el viento,

se harán, unidos en mi sangre, coro
de sol. Vendrás a mí. Caminos suaves
para tus pies se inundarán de oro.

Se pararán sobre su lecho graves
las aguas en el río para verte.
Heraldos de tu voz dirán las aves

el eco de tu paso al conocerte,
y yo para soñarte—¡tan lejana!—
saldré al alba del sol que ha de traerte.

Aún noche suspirante del mañana
verde que ha de nacer, iré buscando
en el enjambre que en la Luna mana

de estrellas, tu mensaje, y olvidando
que soy carne de roca y de colina
querré, montero de la luz, cazando

la cola del cometa que se inclina,
poner tu nombre y dibujar tu cara
en el azul sin fin que te adivina.

¡Y tú estarás mas cerca!

Suave y clara
vendrá pausadamente, lentamente

la claridad difusa que separa

la sombra de la espiga. Y un torrente
de cigüeñas abiertas por el cielo
querrán buscar el sol que se presiente.

Y yo esperando al sol seré un anhelo
de latidos y nubes apresadas
que quieren a la luz lanzar su vuelo.

Y desbordando al fin hierbas heladas
y colinas que hablaban con el frío
saldrá joven y rico de cascadas

sediento ya de hundirse sobre el río
el sol de tu venida. Los vilanos
le formarán la guardia en torno mío.

Despertarán las alas de los llanos,
henchidos de romero y hierbabuena,
se cruzarán cigüeñas y milanos

sus saludos de pluma, la verbena
y la espiga serán blando sustento
al ciervo y a la corza de alba llena.

¡Y tu vendrás a mí! ¡Vendrás! Y el viento
la impaciencia, la luz ¡toda mi vida!
se me hundirá en las venas y un momento
¡Yo mismo seré el alba en tu venida!

A unas lágrimas tuyas

Esa lágrima tuya que atesora
llanto de luz en cauce de azucenas
y retenida en las pestañas apenas
la fuente oculta que su llanto llora

no dejes que a robártela la aurora.
llegue a tus ojos, que de noche llenas
yo para cauce le daré mis venas
que se me secan sin amor ahora.

Abrase así tu llanto el dolor mío
que si fluyendo manso en vida hace
que se vuelvan mi muerte y mis dolores

por mí será tu llanto como el río
que aún temblando de frío cuando nace
la tierra que le besa vuelve en flores.

Al fondo verde del río

Este manso camino de guijarros
envuelto por el frío transparente,
este lecho de musgos y de barro
donde resbala fácil la corriente,

este sol verde que se filtra apenas
para besar el musgo sorprendido,
este fondo de conchas y de arenas
no tiene corazón, está dormido.

Llevo sin miedo mi oración al fondo,
abro una herida verde con mi peso
y en su espesura de dolor me escondo.

Solo así tendrá pulso tu alma, río,
que si tu piel helada te atravieso
mi corazón te salvará del frío.

Romance de un camino de Castilla

Camino viejo, camino,
¡ni el sol te despertará!

De tanto mirar delante
te dejas la vida atrás,
contando pinos te duermes
¡y no te han de despertar!

Mortaja de verde campo
los ángeles te pondrán,
sin ayer y sin mañana
los vientos te han de enterrar.

Sin pájaros que en tí beban
lluvias que tu secarás.
Envidia tienes del cauce
que el agua se lleva al mar.

Camino viejo, camino,
¡ni el sol te despertará!

Los luceros de la noche
no saben en donde estás,
el puente de tus suspiros
cansado está de soñar.

A tu corazón dió el agua
cuchillada de cristal
pero estás seco de tierra
y tu no lo sentirás.

Los corceles de la sombra
contigo quieren soñar

pero tu duermes tu sueño
macizo de eternidad.

Camino viejo, camino,
¡ni el sol te despertará!

Mi sangre de fresco pulso
te quiso resucitar.

Mirando por tí adelante
me dejo mi sueño atrás.

También como tu, camino
mi vida se secará
siempre con el mismo sueño
sin ver donde ha de acabar.

Sin sentir que se me clavan
los cuchillos de cristal
del agua que está corriendo
cerca de mi soledad.

Contando estrellas me duerm
y no me han de despertar.

Seco de sueños pasados
que ya nunca volverán
y esperando ver de nuevo
lo que ya nunca vendrá.

Envidia tengo del cauce
que el agua se lleva al mar,
siempre con riberas nuevas
y lirios que cercenar.

Parados en nuestro sueño
macizo de eternidad
camino viejo, camino,
¡ni el sol nos despertará!

Canto al fuego

Hoy me traspasa transparente el frío...
¡Oh que suprema angustia la de verme
desnuda el alma y pálido de hastío!

El corazón, ayer sonoro, duerme
un sueño sin estrellas y sin vida
donde bajas agudas a envolverme

para hacerse temblores sin herida
aristas blancas de delgado vuelo.
¡El frío con su Luna desvaída!

¡Hermano fuego, librame del hielo!
Dame tu labio con sabor de rosa
que se ha hecho gris mi vida con el cielo.

Y si está en tí la fuerza poderosa
que me arrastró hasta el beso y se prendía
ayer en esta carne temblorosa

¡vuélvemela otra vez! por que era mía
y la perdí en un alba en que era bello
dormir al sol sin ver que me moría...

Hermano fuego ¡suelta tu cabello
de oro y azul y présteme en los ojos
el clavel encendido de un destello!

que quiero ver en tus perfiles rojos
mi propio ser ardiendo y abrasado
hasta hacerse ceniza en tus despojos.

Y si quieres que dance enamorado
—¡Oh amor, mi rico amor de lejanía!—
para abrasarme el corazón helado

yo danzaré sin ritmo ni armonía
para que digas a la Luna llena
que aún eres dios bajo la noche fría.

¡Quémame fuego! Abrásame en tu vena
generosa de vida! Y si mañana
vuelve el relente ¡quemama su serena

piel de cisne que en olla es donde mana
este frío sin vida en que me hielo,
bruma sin sol ni risa de fontana!...

Yo también, como tu, señor del vuelo
fui, y esperé a la aurora para abrirle
el incendio sonoro de su cielo.

Y me prendí en el labio para herirle
con mi beso —¡Oh amor de lejanía!
Y me arrastré en el viento para henchirle

con mi fuego, y mi vuelo se extendía
para secar la lágrima y el llanto
donde el hielo del alba se reía...

Hoy, fuego hermano, heladas en espanto
de soledad mis venas, y en hastío
dormido el corazón, tu gloria canto.

Fuego o Amor. ¡Devuélveme que es mío
ese imperio de luz que tu alma abrasa,
que lo perdí en un alba y hoy el frío
me envuelve transparente y me traspasa!

De una cigüeña muerta en un pinar

No esperará ya el agua del Estrecho
verte de nuevo cuando vuelva el frío
que se quedó la pluma de tu pecho
suavísimo de luz en este estío.

Ponen pinares verdes sepultura
al pico rojo que rasgó las nubes
y a un cielo de cigüeñas en la altura
abierto el palio de tus alas subes.

Cubra un hondo silencio de caminos
el cuerpo seco que miró el primero
las flores del almendro sus amigas.

Y entre llanto de lunas y de pinos
cuando te encuentre un ángel jardinero
tu carne de cigüeña vuelva espigas.

O c a s o

Ya ho serán los caminos
nuevos para cada luna,
blancos para cada amor.

Ya no serán los caminos
sueños sin fin, corazón.

Los despertamos al pájaro
a los álamos y al sol.

Toda de rojo la tarde
para que se abriera el beso.

(La luz éramos Tu y Yo)

Templaba el viento en el árbol
su canto de anunciación
y en la rama se dejaba
colgada su luz el Sol.

Tembló en nosotros la tierra.

Ya no serán, corazón,
nuevos para cada luna
nuestros caminos, Amor.

R o m a n c e

Bandadas de cuervos negros
me están desangrando el alma
sola con mis pensamientos.

No quiero nuevas auroras
ni busco caminos nuevos,
quiero que me dejen solo
para morirme sintiendo
que está llegando a las playas
el arroyo de mis sueños.

Nací mirando adelante
y así me marcho ligero
que a mendigar los presentes
soñar futuros prefiero.

No pedidme que os ofrezca,
tomad lo que estáis pidiendo
que no sé negar lo mío
pero dáoslo no quiero.

No se por donde he pasado
que poco dura un momento
y más prefiero vivirlo
que no mirarlo y perderlo.

Por que para mí tan solo
me guardo arroyos y versos
mi corazón va maduro
de agua limpia y canto fresco.

Arroyos que de mí nacen
ya por perdidos los tengo
que apagan sed que no es mía
y abren flores que no siento.

Mi corazón va más alto
que el pulso de los luceros,
como desde arriba os miro
ni os admiro ni os desprecio.

No digáis que voy perdido,
dejadme que no me niego
a hundirme en mi propio fondo
que en él se ven los luceros.

Bebed si queréis mis aguas
o dejadlas ir corriendo.
¡Aguas de los sueños míos
indiferentes al viento!

Así dejadme en mis prados
para morirme sintiendo
que está llegando a las playas
el arroyo de mis sueños.

Mi curso corre deprisa...

Bandadas de cuervos negros
me están desangrando el alma
sola con mis pensamientos.

*A un camino que se perdía
en el bosque*

Para este bosque no tendrá, camino,
ni voz mi soledad, ni amor mi acento,
que si te sigo fácil adivino
que he de hacerme otra rama para el viento.

Dentro, sembrado el corazón, acaso
preso entre el musgo que la arena ciega
solo veré al lucero cuando al paso
se quiebre en el arroyo que lo riega.

Y tu, camino que hasta el bosque subes,
te cegarás también para envolverme
de lagartos, de zarzas y de nubes.

Y en vano esperaré que hasta lo oscuro
suba una mano pálida que al verme
corte mi corazón de amor maduro.

Elegía

¿Por qué estoy triste si aún la rama es verde
y hay sol en el camino?

¿Por que estoy triste si hay praderas nuevas
donde tenderme al aire y contar pájaros?

Mi corazón, juglar de chopo y musgo
hoy se ha dormido; solo queda el miedo,
el miedo del barranco y la caverna

que se me incrusta dentro de la carne.

Tengo peso. Estoy lejos de las nubes.

¿Acaso es por que Tu no estás conmigo?

Pero ¿Y mi vuelo?

Todo se me ha helado,
no sé hundirme en el viento.

Mis ángeles—los ángeles
verdes de los trigales—no me dicen
su cantar invisible de pinares.

Mis sirenas se han hecho de repente
tallos secos de espigas ya tronchadas.

¿Por que no sé abatir con vuelo altivo
los álamos gigantes a mi paso?...

¿Por que estoy triste, corazón de nubes?

¿Acaso es por que Tu no estás conmigo?

¿Mis caminos?

Estoy paralizado.

Tengo miedo de verme sobre el río
y quererme marchar envuelto en algas
y guijarros redondos hacia el mar.

Tengo miedo que acaso en esta noche
no haya luceros y que el cielo sea
hueco y lleno de frío. Tengo miedo:
miedo de verme convertido en piedra,
miedo de que los vientos me destrocen,
rama inútil o nido ya sin pájaro.

¿Por que estoy triste corazón, por qué?

¿Acaso es por que Tu no estás conmigo?...

*De una labradora que se bañaba
en el Duero*

Prende el Duero al pasar por la ribera
cien perlas no, cien albas transparente,
cuando desnudo pisa en la corriente
el pie más blanco que en lo verde fuera.

Roto el cristal y roto de luceros
para la mansa envidia de la altura
envuelve de agua fresca la figura
de hombros redondos y albas de senderos.

Absorto el aire y en la rama el ave,
absorto el agua, ve que aprende el frío
de la gota en los labios a latir.

Pisa de nuevo el pie la orilla suave
y sin razón de ser, ya solo el río
se va corriendo al mar que es el morir...

Llanura

Esta llanura hambrienta de tola y rama
que se ha tendido al sol y se ha secado
donde la curva del camino clama
por una voz siquiera, abandonado,

esta tierra maciza que se vierte
con sed de tallo por el surco estrecho,
este sopor de vida, cielo y muerte,
entero cabe dentro de mi pecho.

El cielo se me ha entrado nube a nube,
surco a surco la tierra y gota a gota
este río que al cielo en sueño sube.

El alma soy en medio de la anchura
y pulso a pulso por mis venas brota
la sed de amor que agota a la llanura.

Una décima al crepúsculo

Casi temblando de frío
por su vena transparente
llorando está en la corriente
el alma fina del río.

Rofo en el verde desvío
de su curva deja un rayo
el Sol, y en claro desmayo
el pico de un ruiseñor
está temblando de amor
sobre la gracia de un tallo.

La luna sobre mí...

No sé cuando me muera
que será de la rama donde hoy se posa el pájaro
ni de la luz que ahora se detiene en mis sienas.

No sé que se hará el ruido de las nieves intactas
que piso yo el primero, ni los leños que bogau
por la anchura del río.

Pero si
se que cuando me muera caerá blanda, sin peso
la Luna sobre mí...

¿Mis sueños?...

Este fuego de besar en los labios
la roja calentura de los frutos maduros,
este afán de la curva de la mujer y el río,
este querer morirme para encontrar la vida,
no se lo que han de hacerse.

Ni este inmenso desmayo de querer estar lejos
para poder soñarte de cerca.

Pero si
se que cuando me muera caerá sin peso, blanda,
la Luna sobre mí...

Nada ha de despertarme, ni tu voz si me llama,
ni el ruido de los vientos que ya filtren mis sienas
ni el galope que pasa de prisa de las horas.
Me envolverá el silencio, la noche y el vacío.
Nada ha de despertarme. Ni tu voz...

Pero si
se que cuando me muera caerá blanda, sin peso
la Luna sobre mí...

A una duna

En esta duna cálida de arena
sería bueno desnudar el alma;
que en esta duna de silencio y calma
el sol la haría dúctil y morena.

Aquí, amigo del viento y de la luna,
el silencio macizo del desierto
sobre la angustia de mi cuerpo muerto
pondría el llanto aéreo de la duna.

Y mi alma, desnuda allí y ardiente.
le vería enterrarse lentamente
bajo el sepulcro de la arena tierna.

Y cuando el sol la hallase al nuevo día
sola sobre esta duna el alma mía
sería el alma del desierto eterna.

Madrigal

Abrásame, mi amiga,
que el Sol no llega a mí. Tus labios quiero.
Dime por donde siga
para llegar primero
donde mi corazón se haga lucero.

Enciéndeme si acaso
se heló mi pulso en soledad herido
y está de sangre escaso
de tus gozos huído
ya corzo sin arroyos escondido.

La voz que fué del viento
propicia al vuelo de la serranía
no prende ya su aliento
maduro de alegría
en el sonoro despertar del día.

¡Vuélvela enamorada
que mas que el Sol tu voz ha de encenderla!
Ayer era la amada
de un ángel. Por perderla
se heló mi corazón al no tenerla.

Pero si eres de hielo
dime al menos, mi amiga, que no quiere
mi pulso vivo el cielo
que el alba que naciere
oír cantar la vida que se muere...

A u s e n c i a

Esta noche tu nombre está en el viento
pero mi corazón está vacío.

Las sombras que se alargan y se enroscan
al latido flexible de las ramas
se me han entrado dentro y estoy solo.
¡Mi corazón sin versos y sin llanto!

Ayer era la Luna y la palabra
en torrente y lo suave de tu mano
y el beso rojo madurando en fruto
de versos y de estrellas en los ojos.

Hoy solo el viento trae tu nombre, el viento...
¡Pero mi corazón está vacío!...

Partida

El aire es ya más fino que solía,
nievas y nieblas le hacen más delgado.
¡Que yo me marchó, Amor, al mediodía!

El aire se ha parado
y, clavel sin color, el llanto tuyo
contenido en los ojos se te escapa.
Por los caminos huyo.

¡Que yo me marchó, Amor, al mediodía!

Se hace la lejanía
—Ciudad, prado y sendero—todo aroma
tuyo. Silueta de tu cuerpo toma
el aire en mis ojos o en el llano.

¡Vuélvete atrás!

¡Escóndete!

No quiero

que me tiendas la mano
que ya por el sendero
si miro atrás no sigue el alma mía...

¡Que yo me marchó, Amor, al mediodía!

Ba luna en la arena

(Elegía a la muerte del toro de lidia)

Abierta, ya sin muerte, media luna
—marfil y noche—en cóncava amenaza.

Cuernos que el viento, en rebolera, abraza
clavados en la arena.

Torrentera

de bronce y grana derribado al paso,
aún embiste a la tierra en un ocaso
de majestad de encina y de pradera.

Despeñada en la cruz fuerza de vientos
vibra pidiendo vida.

Fuego y plata

en estocadas luce unos momentos
saltando al fuego de la luz. Sonata
de Alhambras llora sobre el toro muerto.

Silencio pesa en carne derrumbada
mas majestuosa aún. Fuerza en concierto
con dos veletas de morir se apiada
del gigante de sombras.

En el cielo

hay derrotes que el aire ríe y quiebra

y—arroyo de alamares—por el suelo
mana roja su sangre hebra tras hebra.

Lloran milanos en perdido vuelo,
solloza el viento por los encinares.
El oro triste de los alamares
tiene un color de lirios.

En los ojos
sin vida y fuego brilla la ribera,
la dehesa blanca, los ponientes rojos
en que embistiendo vientos y rastrojos
su luna en prados femenina era.

Y el toro muerto, en invisible guerra,
su media luna—cóncava amenaza—
clava en la arena para herir la tierra
y alzar su corazón sobre la plaza.

Augurio del viento

Vendrá mañana el viento por Levante.
¡Oh si, si! ¡El viento! ¡Atad, atad las nubes!
¡Sujetad la palmera! ¡Asid el agua!

Vendrá extendido, ronco, sofocante.
El viento, el señor viento.

¡Señor: para un momento
al viento del Levante que al ocaso
espero que florezca un limonero
reciente! En la ribera
colgó su nido de una rama al paso
cálido de su vuelo en la palmera
un jilguero silvestre y en el surco
una hierba primera
ha asomado su talle temerosa.

Pero mañana cuando venga el viento
se llevará la nube y no habrá lluvia,
y luego, violento
sin espanto del mar, enloquecido,
arrancará de la palmera el nido.
¡Señor, detén al viento de Levante!

Pero no, quizás quiera
mejor que la palmera,
que el nido nuevo o que la flor reciente,
mi corazón caliente
con oro de albas y de sangre roja...
¡No dejéis que lo coja!
¡Mirad que luego rodará en los riscos
haciéndose pedazos!
¡Le arrancarán las peñas a zarpazos
su pulso gota a gota,
y al fin el mar, Señor, el mar helado
se lo robará al viento y será ahogado!
r.
¡No dejes que lo coja
Señor! ¡Ponte delante
que tengo miedo al viento de Levante!

A una roca

Seca de sol, esfinge del camino
que me ofrece su lecho: si posada
fuiste en un fondo de algas submarino,

si hubo sal en tu carne aprisionada
por el redondo peso de los mares
y una estrella de mar abandonada

dejó un ángel naviero con cantares
de brisa fresca en tí, dí en qué murmullos
de corriente perdida, en qué lugares

donde no llegó el sol o en qué cápulos
del coral en tus huecos escondido
nació lo verde los ojos suyos...

Roca, si en selva fuiste para el nido
de los halcones y cubrió el helecho
tu piel que vientos pardos han curtido,

hoy que el sol de los llanos ha deshecho
tus musgos, y sin venas de rocío
al peso de mi carne te haces lecho,

dime en qué arroyo sin dolor de frío,
en qué presentimiento de capullos,
en qué luna olvidada del estío

o en qué rayo de sol que a los pies tuyos
quebrado al mediodía se rindiera
nació lo verde de los ojos suyos...

Seca de espacios muertos, compañera
de soledad del álamo y el pino
que ves pasar del alba viajera

—centinela en tu anchura del camino—
el ala roja de la luz que nace:
Si hasta tu corazón llegó el espino

y en piedra, verde, se clavó ¡deshace
tu mudo contemplar de nube y tierra,
y déjame que el sueño mío abrace

todo el secreto que en tu ser se encierra!
¡Y yo sabré que su mirada verde
el gozo de tu vida desentierra!

Pero si el viento pardo que remuerde
tu piedra te hizo sueño, y en tu hondura
el secreto es de roca, y se te pierde

mi súplica en tu piel de peña dura
¡sigue dormida, roca! que al coñeme
con tus picos abiertos a la altura
yo te diré pensando en su blancura
“¡También mi corazón, como tú, es firme!”

Cordillera lejana

No sube allí la voz ni el pulso humano
oyó jamás la roca. En esa altura
seca la tierra y el amor lejano
la fruta del silencio está madura.

¡Alta aguja de peñas donde un día
puso su nido el tiempo y se detuvo!

En su eterna soberbia de vigia
ni habrá futuros ni pasados hubo.

Si allí pudiera el corazón dejara
abandonado al tiempo y al vacío
en esta torre virgen de la tierra

y a fuerza de silencio se tornara
sordo a la voz y al pulso y fuera el mío
el nido de las rocas de la sierra.

A una granada disparada al aire

El aire acuchillado de improviso
no tuvo tiempo de emprender la huida
y, al estremecimiento de su herida
se ha conmovido el musgo que ahora piso.

Abrió el cielo macizo de invisibles
que se bebió su vuelo de paloma,
y ya, posada, para el viento asoma
su riqueza de estrellas imposibles.

Así también mi corazón quisiera
poder lanzar al aire atravesado
por un camino azul que no existiera,

y en el espacio virgen incrustado,
cálido de latidos, ¡que se abriera
una explosión de amor ensangrentado!

Al faro de Maspalomas

Siempre hiriendo de luz el mar helado
la angustia de este faro de la orilla
sabe de la sed verde que acuchilla
las algas de su fondo abandonado.

Limosna de palmeras y caminos
para un resucitar de caracolas,
el faro generoso, por las olas
siembra su luz de pájaros y trinos.

¡Toma mi sangre y viértela caliente
sobre ese mar helado a que te asomas
que sabe de tu angustia el pecho mío.

Con tu luz y mi amor, seguramente
cuando salga la luna en Maspalomas
verá que el mar no tiembla ya de frío.

Bos barrancos de Fataga

• *A Fernando González.*

En este mar de riscos y basalto
que ha secado un silencio que sofoca,
mas que dolor gemido de la roca
petrificado en contorsión y salto,

en este hondo barranco sin palmera
desconocido al mar que lo adivina,
sin hierbas para el alba matutina
¡echad mi corazón cuando me muera!

En el silencio del barranco hundido
¡qué alegría de arroyos y senderos
ha de sembrar mi corazón perdido!

Y cuando el viento seco lo deshaga
¡nazcan palmeras de él, nazcan romeros
y habrá vida en las rocas de Fataga!

Elegia del novifunio

Esta noche la voz, el aire, el viento,
todo está muerto. Es amplio el infinito,
la carne pesa, y yo que estoy sediento
de lunas asombradas estoy solo...

Un hábito de sombras en el grito
afilado del agua borra el llanto
del río que te busca y que te espera.

¿Dónde estás tú, madura compañera,
Luna del verso pálido, del canto
fragante? ¿En qué rincón de caracolas
quiebras tu espejo de cristal y espuma?

No dejes en el borde de las olas
el perfil de mis versos de otros días.
¡Aquí te quiero, aquí!

Sin tija pluma
de los pájaros locos se ha secado.

Lloran sin tí perdidos los luceros
y el corcel de un cometa desbocado
arrastra su ceguera de senderos.

¿Dónde se ha hundido clara de azucena
tu carne, Luna pródiga, perdida?
¿Dónde Tu, Luna exacta, Luna plena,
lirio de sombras, virgen en huída?

Si te apresó en el agua una sirena
para adornar su frente de agua fría,
si un ángel te detuvo y en sus alas
te hizo vuelo del aire que seguía,
¡huye! ¡Vuelve a ese hueco que te espera
Luna cautiva, que sin tí está el viento
la voz y el aire muertos y ligera
dame tu luz que estoy de luz sediento!

Se ha detenido el tiempo en esta noche.
Las garras de los muertos en la tierra
clavan los garfios de sus huesos secos.

El frío del silencio desentierra
pastos de sombra que alimentan ecos.

Sin tí la noche, Luna, está vacía
y el corazón me pesa y estoy lejos...

Sólo en el agua pálida y sombría
pone una sombra muerta sus reflejos...

Pesca

Pescador vengo a ser de soledades
y en mi barca aún reciente al mar me entrego.
El agua, amiga azul de claridades,
la ha bañado de sal y al sol navego.

El mar está tendido ante mis ojos
y para el viento el pecho he desnudado.
¡Soy el señor del mar! Mis pulsos rojos
laten sobre este mar abandonado.

Todo es redondo y mudo en torno mío.
rompen las olas su lamento suave
y yo, ciego de sol, en mi navío

lanzo mis redes y su piel traspaso.
¡Voy a pescar el corazón de un ave
que por volar al sol se ahogó en el ocaso!

E s p e r a

Despojado de auroras, fugitivo
de todo manantial, álamo y vena,
libre de sangre y corazón, y llena
de azul el alma, sin el cuerpo vivo,

así te esperaré. Fácil y esquivo
como pájaro nuevo a la serena
majestad de los vientos. Toda plena
de sed de luz vendrás. Yo al aire altivo
despreciando el color, blanco en mi huida,
—¡Soy señor de la luz!—te iré buscando
desnudo de mi verso y de mi vida.

Y al encontrarte... el corazón vacío
al beso tuyo es me irá llenando
de álamos, manantial, venas y río.

Tu, el alba

¡Entrate más que el aire por la espiga
hasta el fondo impaciente del ser mío
que estoy sediento de encender, amiga,
con luz de sol tu palidez de frío!

Si verde el mar se cobijó en tus ojos
con su temblor de lunas transparente
cálida fuente de mis pulsos rojos
lo arrastrará sin miedo a su corriente.

Déjame ser en tu sentir minero
que arranque con su mano de la hondura
el corazón que se escondió luego.

Y libre ya, para la gloria mía
vencido el sol, será sobre la altura
el alba nueva que me anuncie el día.

C a n c i ó n

Ayer fué pero nadie
lo supo. No. Ni el viento
que se empinó por verlo a la copa del árbol.

No, no. Nadie. Ni el agua
que a fuerza de silencio maduraba en el cauce.

De tanta soledad los olmos del camino
sintieron que sus ramas se tronchaban de peso.

Pero nadie lo supo
a pesar de que el cielo abrió su ojo de luna
y que estiró su talle la espiga estilizada,
y que el río en la curva afinó su cadera.

Todos querían verlo
pero nadie lo supo.

Yo le arrojé al camino cuatro risas silvestres
para que las mordiese, can de las parameras,
y siguiera contando los lirios florecidos.

Y los oídos del surco—amapolas al agua—
para que le dijeran los juncos sus memorias.

Y entonces, si, fué entonces.

Beso, Luna y arroyo.

Y en los verdes pinares tus mejillas rientes
como un deslumbramiento de azucenas salvajes.

Beso, Luna y arroyo.

Ayer, hoy y mañana

en la cóncava esfera de un presente en tus labios.
Tus labios—Farolillo
de risas para el agua, la espiga y la amapola—

Nadie, nadie lo supo.
—Ya ni tú lo sabías—
Secreto de alhelios y pámpanos y juncos.
Y allá, sobre el camino,
el buho del ocaso devorando el silencio...

Farolillo de noche.
Recuerdo. ¡Ven que me muero!
Cuatro palmeras delgadas
están velando mi cuerpo
y arrodillado en la arena
reza el mar, por mí, sus rezos.
Me muero de mucha ausencia
apuñalado de sueños,
con mucha sal en los labios,
con mucho azul en el pecho.
Me muero sin que lo sepan
ni las espigas ni el viento.
Allá me voy—¡Farolillo
del río, ven que me muero!—
Que lloren por mí en el agua,
que lloren por mí en el cielo.
Que me muero ¡Farolillo
de tus labios, que me muero!

Esta tarde en la curva del río no habrá nadie...

Solo sobre el camino
el buho del ocaso devorando el silencio...

Cantiga de una tarde de sol

Quería

marcharme de romería
desnudo de carne y vena
en una tarde serena
cabalgando sobre el río.

Espuelas de agua y de frío,
y por corcel cabalgar
un leño pesadamente
arrastrado en la corriente
que va a morir a la mar...

Quería

dormirme en el mediodía
y que un ángel que rondase
por las ramas se llevase
mi cuerpo al aire sin peso.

Que el viento pusiera un beso
salado en mi corazón,
y que una fuente perdida
me devolviese a la vida
desgranando una canción.

Quería

tu mano junto a la mía,
y así dormirme, dormirme,
y así dormido morirme
sin saber que me moría...

Impaciencias eternas

A Cristo al morir

Si lirio es ya tu cuerpo y palidece
para hacer de la muerte nuestra aurora,
si ya claveles rojos atesora
en el costado que de amor florece,

si así camino, mi Jesús, me ofrece
para llegar a tu dolor ahora
la llaga que tu sangre decolora
y el labio que de amores se estremece,

deja que con la vida que me has dado
la luz que está en tu muerte anocheciendo
vuelva a abrasar mi corazón, tu amigo.

Y en el rojo clavel de tu costado
ya que por mí en la cruz estás muriendo
pueda al menos, Señor, morir contigo.

Huida

Esa tarde, mi Dios, en que me abras
el gozo entusiasmado de la huída
hacia tu ser sin peso y sin palabras

se quedará mi carne dolorida
para la noche que vendrá a ceñirle
su mortaja de niebla diluída.

Dime ~~me~~ Dios ¿vendrán a desteñirle
estos labios que besan los rocíos?
Este dolor ¿vendrán a convertirle

en piedra, pluma o fuga de los ríos
con la amargura de su ritmo el viento
o el temblor transparente de los fríos?

Ayer cuando besaba, el pensamiento
abrazado a la carne se prendía
hecho vida a las venas y al aliento.

Y el gozo de la sangre recorría
—Arroyo con su gracia de latido—
la vega roja de la carne mía.

Ayer cuando besaba, sorprendido
mi corazón al pulso de su vuelo
se extendió augusto y se rindió vencido.

Y hoy, en la ausencia en que sin luz me hielo
aún guarda el labio el beso de su cara
y el roce azul del aire de su cielo.

Dime mi Dios ¿que estrella de tu clara
noche robó mi carne? ¿Por qué quieres
que el pecho donde un ángel me clavara

la lanza azul de los amaneceres
se vuelva tierra, tierra para el prado
seca, sin sangre...? Dime mi Dios ¿eres

solo de luz? ¿Que arroyo desbordado
secó mi corazón que ama la fuente?
Se quedará mi cuerpo abandonado,

se filtrarán los vientos por mi frente
y al gozo entusiasmado de la huida
me lanzaré a tus velos impaciente.

Se cambiará mi carne dolorida
en piedra, pluma o fuga de los ríos...
Dime mi Dios ¿adónde con mi vida
se irán los besos de los labios míos?

Meditación en la Cartuja

Si en esta celda clavada
a las puertas de la vida
hay una voz dolorida
de amor puro ensangrentada.

Si aquí se afila y delgada
la vista llega al vacío
de ese misterio sombrío
que hace a la muerte sonora
¡Que peso de sombra ahora
se clava en el pecho mío!

Biras

No quieras no, la fuente,
mostrarme el sol que tiembla en tu desvío.
¿No ves que vivo ausente
y aquí en el pecho mío
nace el dolor del agua de tu frío?

No sigas, la vereda,
propicia al sueño en el amor del trigo.
Mi corazón se queda
lejano si te sigo.
Por esta vez dejó de ser tu amigo.

Corceles siderales
que aráis azul con punta de lucero:
Si así sois manantiales
de luz ¡mirad primero
que yo en la sombra de mi noche muero!

Así, ya desangrado
clavel mi corazón que era de fuego
he vuelto deslumbrado
a toda gracia ciego
y al pie de un Cristo en el camino llevo.

Abrazo de la nube,
piedra clavada y corazón dormido.

La hiedra se le sube
al pecho dolorido
que en el costado abierto se hace nido.

Por toda pleitesía
rasgándome la carne de mi pecho
sobre la hierba fría
le he dejado maltrato
mi corazón sin nubes y deshecho.

¡Lirio crucificado!
Si así el amor mi corazón ha herido
tu que te haces clavado
el amor redimido
¡dame otra vez la vida que he perdido!

Al Cristo del camino

Al aire entusiasmado,
fácil de luz, de espiga, nube y pino,
a Ti crucificado
todo de sol y trino,
alba de piedra, Cristo del camino,

te envolveré de viento
No quiera al vuelo el pájaro posarse,
ni en blando movimiento
la espiga al inclinarse
granada ya de sol en ti apoyarse.

Yo, por mi vuelo ingrave
de tu abrazo de piedra centinela
te guardaré del ave
de ala de luz que vuela,
de la escarcha que al alba se deshíela.

Te apartaré el ruido,
rumor del musgo que al camino crece,
arroyo adormecido,
trino azul que amanece
cuando maduro en oro el sol florece.

Entonces, no tocado
de rama, tallo y vuelo, en tu blancura
abierto y entregado
de piedra a la llanura,
majestuoso de trigos y de altura,

¡pon a la rama nueva
el color de mis sueños transparente,
a la luz que se eleva
del sol en el poniente
la inmensidad de tu blancura ardiente,

al aire del camino
la voz tuya, Señor, toda poblada
de infinidad y trino,
en vuelo de llanada
sin límites, de cielo circundada!

Y Tu, Señor de abrazo,
rey del camino en piedra y en altura
¡rodéame en tu brazo
y házme de tu blancura
alba tuya, sol tuyo en la llanura!

Romance a un Cristo de leño

¡Aquí, como todo es sombra,
te pongo mi corazón
desnudo.

La sombra pesa
sobre mi carne, Señor...

(La Iglesia—piedra en espectro—
se cae de vieja, y el sol
clava el perfil de su lanza
sobre los labios sin voz
en que pintada la sangre
se ha desteñido de amor).

Ante esta imagen de leño
más cerca estamos los dos
que así también seco y duro
te enseñó mi corazón.

La carcoma de los tiempos
a tí y a mí nos mordió.

Tu corazón, fresco río,
luna de junio en amor,
pone en el leño reseco
luminaria de oración.

Mi corazón en la sombra
se está secando Señor.

En noches de niebla y frío
tu senda se me perdió.

Caminos que yo seguía
dormidos sin luz ni voz
parados se me clavaban
lejos del beso del sol.

Deprisa pasa mi vida
y yo no acierto, Señor,
a verte en el agua mansa
que riega el trigo de Dios.

Sin verde mar en los ojos,
sin suave aroma de flor,
sin hierbas de alba y de risa
despojado el corazón.

Sombra tengo de tristeza
honda clavada, Señor,
que ausencia de muchas noches
en las venas se me heló.

Tu cuerpo de leño y cirio
—sombra sin rezo ni sol—
hace, Señor, que te entregue
desnudo mi corazón.

Se te ha secado el costado,
tu sangre se destiñó.

Amigo de los perdidos
en senderos sin color.

Ojos sin brillo, cavernas
de noche, desolación
de aguas turbias ¡Tu propicio
a la escoria y al dolor!

¡También como Tu, te traigo
desnudo mi corazón!

Detrás de tu ieno seco
yo te adivino, Señor,
sediento de risa y alba,
amigo de agua y de sol.

Tu corazón fresco río,
luna de junio en amor.

Muchas noches en tus ojos,
mucho llanto en tu oración...

¡Llanto de tus soledades
que espera que llegue yo!

Así los dos en la sombra
más cerca estamos los dos.

Si tu quisieras en lirios
trocase tu leño yo,
sangre de frescas riberas
te diese mi corazón
por que corriese tiñendo
tu carne seca de amor.

Luminaria de luceros
para tus ojos sin sol,
cuchillo de manso arroyo
para tus labios sin voz,
y el corazón, fresco río,
luna de junio en amor,
rebosando en el abrazo
sincero de mi oración.

Así contigo mas vida
también encontrara yo
y el alba nueva nos viera
con júbilo de canción,
a mi hallando en agua y trigo
la inmensa mano de Dios.
y a tí, Señor, en tu leño
¡reverdecido de amor!

El alba resucitada

Creo en la resurrección de la carne...

— I —

Esta es la voz, hermanos, que se atreve
limpia y sonora como el mediodía
a hundir ese terror que en niebla y nieve
clava la carne y el latido enfría.

Esta es la voz que canta la sospecha
de que vuelvan al sol los ojos ciegos,
de que la sangre que quedó deshecha
vuelva a surcar el cauce de sus riegos.

Este color posado hoy en mis ojos
se apagará. Vendrá un silencio helado
que envolverá de sombra el cuerpo mío.

Ni hojas de almendro ni ponientes rojos
pondrán su aroma en mi dolor, tronchado
en el cárdeno hueco del vacío...

— II —

Esta ruina de tierra de los huesos
será fuga de viento en huída,
y una Luna doliente con sus besos
me rozará en la hierba, diluída.

Nada veré. Silencio en el camino
y un eco que no suena en las alturas.
Roca para la voz verde del pino
y piedra de la mina en las honduras.

Pero de pronto un alba misteriosa
pondrá un rumor de abeja en mis oídos
y un clarín abrirá rojo su salva.

Veré la piel mojada de la rosa
y se abrirán al aire sorprendidos
los ojos de los muertos para el alba.

— III —

¡Ay del encuentro con el alba breve
cuando de nuevo en la retina hiera!

El minúsculo pájaro que bebe
el temblor de cristal de la ribera,

el femenino junco que en el valle
mece su seda fácil con la fuente,
el sol de nuevo haciéndose en el talle
blanco de un cisne gota transparente...

¡Todo otra vez para el amor abierto!
Y la voz ¡la voz firme! en un sonoro
grito que rompe su camino muerto.

Y en la caja del pecho un golpe fuerte
con vibración de fuego, vida y oro...

¡El pulso que renace de la muerte!

— I V —

Roja otra vez será la calentura
que animará mi carne dolorida.
¡Que afilada mi voz sobre la altura!
¡Vida otra vez! ¡Amaneció la vida!

Y tu que fuiste pálido de lirios
cadáver que se helaba, amigo muerto
que yo miré temblando en luz de cirios
cárdeno el labio, ya sin risas, yerto.

Resurgirás con voz en la garganta
para decir mi nombre como un eco
que desde un mar lejano se levanta.

Y sonará como un gemido seco
de carne muerta que de pronto canta
desde la hondura de un sepulcro hueco.

— V —

Dulce remanso del arroyo verde
que eres el corazón de la arboleda,
blando camino que entre luz se pierde
propicio al sueño que en la sombra queda;

alto nido de cóndores rapaces
que en espiral de luz hieren el cielo,
eral de ojos absortos que ahora paces
clavando en luna incierta aire de vuelo,

¡no me lloréis con llanto de abandono
cuando mis ojos dejen de miraros
que es solo sueño este fingir la muerte!

El alba nueva marcará mi tono
y otra vez se abrirá para cantaros
rojo mi corazón cuando despierte...

— VI —

Ronco temblor, de pronto, y violento
inundará mi entraña. Escalofrío
de muerte ya imposible... ¡Ay el momento
de verte a tí, Mujer, al lado mío!

Se pararán los pulsos inseguros,
se me abrirán los ojos para verte.
Allí tus labios otra vez maduros
sin huellas ya del beso de la muerte.

¡Oh mujer revivida! Hoy tengo espanto
de que esta fuente que en mi pecho mana
no tenga, estrellas que quebrar en llanto

y esté apagado el fuego con que hoy puedo
hacerte luz para mi ser... Mañana
¡quizás al encontrarte sienta miedo!

— VII —

Este beso, este fuego y esta hondura
junto a tu ser de frágiles romeros,
este desmayo intenso, calentura
de manos blancas y aires de luceros,

este amor de tu curva femenina
que es suavidad de arroyos al rozarte,
esta luz que en tus ojos se adivina
¿donde estará de nuevo al encontrarte?

Húndete hoy en mis ojos pensativos
que las albas, amor, nacen serenas
y están los pulsos para el beso altivos.

¡Yo quiero ser eterno en tu medida
que ni la tierra filtrará en mis venas
el hondo hielo que en silencio olvida!

— VIII —

Pero todo será solo un momento
y luego la Verdad. La vida entera.
El crimen y el abrazo. El pensamiento
y los lobos de tanta primavera...

Y después el final. La luz y el fuego,
la maldición sobre la voz amada,
¡la voz que cruje y despedaza!... Y luego
ni musgo verde ni remansos... Nada.

Clava mi carne miedo en niebla y nieve
de que un hondo silencio descarnado
este latido cálido se lleve.

¡Oh secreto impasible de la vida!
Los ojos no lo ven y está clavado
en el fondo del alma estremecida.

— IX —

Señor que en dulce abrazo te me entregas
hoy que la luz se quiebra entre mis ojos.
Si así propicio hasta mi pecho llegas
y te haces carne en mis latidos rojos,

si así eres manso para el llanto mío
¡átame con tu suave ligadura!
que si al dejarme me encadena el frío
ni habrá más alba ni seré en tu altura.

Escóndeme en la llaga que atraviesa
el lirio sin color de tu costado.
¡Mira, Señor, que este terror me pesa

dentro del corazón y que en Tí espero!
¡No me confundas que sin tí, mi amado,
la noche es larga y en dolor me muero...!



BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



485294

BIG 860-1 LOP imp